

Autonomía



proposición concreta la ilusión, que no tendría efectos académicamente saludables, de suprimir la junta de gobierno a la que, por regla observada en casi todos los casos, tienen acceso profesores de gran mérito, y no hombres ricos sin más valimiento que sus cuentas bancarias, que es el modo como se componen los cuerpos rectores de algunas instituciones universitarias privadas).

Al llegar a la media centuria de su existencia autónoma (con los asegunes que hemos indicado), y a pesar de mucho, la universidad puede entregar buenas cuentas a la nación. Su principal logro consiste en mantener su carácter de magno recinto de la libertad. Ese fenómeno es doblemente importante. Lo es hacia el interior de la propia institución porque le permite estar surcada por diversas corrientes de pensamiento, las propias de una sociedad plural como la que históricamente hemos querido configurar. Lo es hacia el exterior de la universidad, y la importancia de que sea libre se abulta frente a las constricciones que afectan adversamente la vida partidaria, sindical, parlamentaria, organizativa en general en nuestro país. En horas negras para la nación, como en la inevitable referencia a 1968, en que la maquinaria represiva extendió sus brazos a muchos ámbitos, la universidad sin perder su propia condición permitió a muchos ciudadanos que decidieron seguir siéndolo a todo precio, un espacio de acción y pensamiento cuyo valor se justiprecia conforme pasa el tiempo.

Es fácilmente sostenible que la universidad ha podido cumplir su función, con la máxima eficacia social posible, siempre que ha estado libre de los embates y las injerencias extrañas. Cuando en apariencia la institución universitaria ha caído en frustraciones, siempre fue dable encontrar el origen de sus perturbaciones en mezquindades políticas, a veces instaladas en el gobierno, el de antes o el de ahora. Ello no significa, porque sería maniqueo suponerlo, que la universidad sea un cuerpo social perfecto, víctima siempre de asechanzas exteriores. No puede ser una organización comunitaria distinta de la sociedad en que vivimos y, al contrario, refleja las contradicciones de todo género del propio cuerpo social. Sería absurdo esperar de la institución universitaria estructuras y comportamientos radicalmente diversos de los que en general se observan fuera de ella, si bien no ha sido desdeñable la función de cambio social promovida por efecto de la enseñanza universitaria.

Son muchos los desafíos que en esta hora debe enfrentar y superar la Universidad. Sólo intentar el inventario de ellos, para enumerarlos no más, es tarea que rebasa los marcos de un artículo periodístico. Sí, cabe, empero, escoger algunos de los problemas centrales y decir una palabra sobre ellos. El que primero debe ser mencionado, según nos parece, es la degradación de los niveles académicos, que no es posible soslayar, pero tampoco es conveniente, porque es falso, magnificar. Se trata de una cuestión, a pesar de todo, resoluble, que requiere apoyos materiales y voluntad de trabajo. Esta última debe ser aportada por los universitarios, y aquéllos tienen que ser proveídos sin regateos por el Estado, acaso determinando, vistas nuestras posibilidades de prosperidad ya inminente, el canalizamiento obligatorio, por ley, de ciertos porcentajes de los ingresos derivados del petróleo, o del producto nacional bruto.

También es debido revitalizar el papel de la Universidad Nacional, y de las universidades públicas en general, como proveedores del personal político y administrativo del gobierno, en sus sectores central y descentralizado. Se está promoviendo, sin recato, un desdén sistematizado respecto de quienes egresan de tales universidades, en beneficio de los funcionarios procedentes de instituciones privadas, no siempre dotados de la conciencia de Estado que es más natural adquirir en las escuelas superiores sufragadas por el propio Estado, y que recogen su tradición histórica.

Valor Del Silencio...

destino y el de México si hubiera permanecido en el Gabinete?

Del alto riesgo en que ponen al país las decisiones unilaterales (¿se imagina usted un país regido por una persona cuya conducta lo hace estar bajo proceso, en la primera magistratura de la nación?) se desprende, una vez más, la urgencia de revisar la institución presidencial, cuyo peso sólo puede ser contrastado por poderes que realmente lo sean y por una sociedad participante.

PRIMERO Y COMO FARSA DESPUÉS NI EL OTRO BRUTO

veramente condenados por Ruiz Cortines. Pero comienza a ser grotesco y fatigante. ¿Por qué no evitar los errores de cada mandatario durante su gestión en lugar de tratar de recomponer la situación cuando ya es demasiado tarde? Imposible. Dos características fundamentales del sistema político mexicano lo impiden: el presidencialismo y la ausencia de crítica. Si éstas no existieran seguramente el rumbo sería distinto. El presidente de la República, limitado en su poder, tendría que escuchar las voces críticas y modificar el camino bajo la presión tanto de la opinión pública como de los legisladores y miembros del mismo Estado. Pero no. Durante la gestión presidencial no hay más que coros de alabanzas, elogios y adulaciones sin medida. Entonces el mandatario queda atrapado tras gruesos muros que le impiden ver la realidad del país y los resultados de su trabajo. Recordemos: el señor presidente tiene la última palabra, el señor presidente nunca se equivoca... Por tal razón, los errores (y hasta los odios producto de una mala gestión administrativa) aumentan y al final aparecen con brutalidad.

Pero la práctica es otra. Si Echeverría hubiese criticado a Díaz Ordaz en 1968, nunca habría llegado a la Presidencia de la República y si López Portillo ataja a tiempo el populismo y el tercermundismo de cartón, jamás hubiera pasado de subsecretario de Hacienda. Es decir, en la política mexicana la crítica es un suicidio. Ahora bien, si la verdad apareciera a tiempo, otra sería la situación del gobierno.

Resultaría importante para el país que todo este juego concluyera, que los gobernantes fueran falibles y que existiera la crítica a tiempo, que las personas corruptas no tuvieran cabida en la administración pública y que los ineptos no llegaran nunca a los cargos de gran responsabilidad. De este modo ya no presenciáramos hechos lamentables, los corruptos estarían en prisión y la nación avanzaría. Pero ello equivale a soñar. Las cosas no cambiarán sustancialmente. En fin. Mientras tanto lo curioso es que López Portillo suponga que su actuación está siendo injustamente criticada y que sólo faltaban las palabras de su amigo Echeverría para completar el cuadro. Absurdo. Lo que sí tenemos que rechazar es que López Portillo equivalga a Julio César o que Echeverría sea Bruto. Y si alguien así lo considera, habría que recordarle una idea de Marx: la historia se produce dos veces: una vez como tragedia y la otra como farsa.

Atentamente,

René Avilés Fabila.

Pero también hay que reflexionar en la institución de los ex presidentes. Especialmente en México, donde el titular del Ejecutivo ejerce tan abrumadora suma de poder, pasar al retiro genera situaciones que casi nadie puede sobrellevar con ánimo cuerdo.

Es imposible establecer una norma general para los ex presidentes que consistiera en la total abstención política. El general Cárdenas no hubiera prestado tan relevantes servicios a la nación si se hubiera marginado de la opinión y aun de la acción política. Todavía hoy, su nombre y su biografía constituyen el norte de un vasto e importante sector del nacionalismo revolucionario que presuntamente gobierna a partir del PRI. Además de su participación directa en la administración pública, como jefe militar primero y como responsable de obras sociales y de desarrollo económico en cuencas hidráulicas, Cárdenas sirvió de orientador a amplios sectores nacionales.

Tampoco se quedaron quietos, ni silenciosos otros ex presidentes, como Alemán y Abelardo Rodríguez. Situados en el otro extremo de la gama política respecto de Cárdenas, cuando en torno de éste se organizó el Movimiento de Liberación Nacional al comenzar la década de los sesentas, Rodríguez y Alemán alentaron la constitución de un contrapeso, el Frente Cívico Mexicano de Orientación Revolucionaria. Pero no pusieron en ello toda su energía y toda su vocación creadora. Ambos prefirieron el camino de los negocios. Desde allí hicieron también política, acaso para compensar el hecho de que desde la política hicieran negocios. Pero en términos expresos supieron siempre acatar las normas de no ser impertinentes respecto del gobierno en turno.

La experiencia de los ex presidentes podría ser aprovechada si se convirtieran en consejeros de quienes los suceden. Pero eso, hoy por hoy, es difícil de concretar. Echeverría se resignó a ser embajador itinerante primero, y luego con sedes determinadas, y aun representante de México en la UNESCO, pero no perseveró en el empeño. Tan pronto como pudo se reintegró al país, desde donde no ha cesado en su afán de aparecer como ejercedor de influencias.

López Portillo, por su parte, se había forjado el propósito de ser el mejor ex presidente posible. No está cumpliendo su intención. Lo orillan a ese incumplimiento situaciones objetivas, pero ahora también su propia voluntad. Él hubiera deseado retirarse verdaderamente a la vida privada, dejándose crecer la barba y dedicado a pintar y a escribir. Lo hizo brevemente, en los primeros días después de concluido su mandato. Pero después la borrasca se abatía sobre él y no ha tenido tiempo más que para andar a salto de mata, con el riesgo permanente de que esté donde esté compatriotas suyos lo hagan blanco de sus befas.

No es una víctima inocente, por supuesto. Mucho hizo para ganarse el terrible castigo que hoy lo aqueja. Pero para los efectos de nuestra reflexión de hoy, hubiera debido perseverar en su silencio. Cárdenas ganó el mote de la Esfinge de Jiquilpan a pesar de que no dejó de estar presente en las grandes coyunturas nacionales, porque era un habilidoso operario de sus mutismos. Pocas palabras y mucha sensatez le ayudaron a no perder la prestancia que confirió a la institución presidencial y que ejerció aún después de que la había puesto en otras manos.

Ni Echeverría ni López Portillo calaron hondo en la sociedad mexicana como para dejar formadas corrientes sociales relevantes que de alguna manera ellos acaudillaran. Echeverría parece creer que él sí, pero los datos objetivos muestran que no. Por consiguiente, cuando aparecen diciendo lo que dicen, no participan en un debate que interese a la nación, aunque sí le concierna. Sólo desahogan emociones mal generadas y peor canalizadas. Es una